

A PROPOSITO DE "LA VOLUNTAD RADIANTE"

*José Daniel Gil Zúñiga**

Siempre es grato hacer el comentario de un libro bien escrito, placer que aumenta cuando la obra surge de la pluma de un amigo o, en este caso de dos buenos amigos: Iván Molina y Steven Palmer. En mi caso, es la segunda ocasión que debo reseñar, para esta Revista, un trabajo de estos dos colegas. Primero fue "Héroes al gusto y Libros de Moda", publicado en 1992, y hoy me toca la suerte de presentar un breve comentario sobre el tercer texto conjunto que Palmer y Molina presentan a los lectores del país y espero que también a otros allende nuestras fronteras. "La Voluntad Radiante" es el libro que se analiza en este comentario. Libro que toma el título de una obra que pensó publicar, hace ya 64 años, uno de los personajes que dan base a este libro.

Quien suscribe este comentario tiene que reconocer en "La Voluntad Radiante" un salto cualitativo importante en relación con obras como "Héroes al Gusto y Libros de Moda" y "El Paso del Cometa". Estas fueron más dispersas pese

* Doctor en Historia. Docente e Investigador de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional y Subdirector de la Maestría en Historia Aplicada de la misma Unidad Académica.

al hilo conductor, tenue por cierto, que pretendía unificarlas y carentes de unidad teórico metodológica. En la obra que nos ocupa, destaca la fluidez en la construcción de la narración, se hace presente un discurso ameno y apegado a las fuentes consultadas. Según comenta Daniel Aaron, "Hace ya más de cincuenta años, Nevins y muchos otros exhortaron a la creación de libros de historia, donde los hechos, las ideas y la gracia literaria se fusionaran en un conjunto armonioso. Desde entonces, otros historiadores han censurado con asiduidad los libros de historia escritos mal y sin gracia, e incluso han abogado por el retorno a la historia narrativa, a la vieja usanza, como un modo de recobrar la aceptación de los lectores."

¿Por qué traje esta cita a colación? Sin duda alguna porque, repito, este es un libro en donde se mezclan, y bien, la rigurosidad del historiador y la rigurosa gracia de lo literario. Más aún, porque a lo largo de estas páginas se nota la coincidencia con los autores en el hecho que los textos de historia tienen que estar bien escritos, y que se debe ir a la búsqueda de esa frontera entre lo histórico y lo literario, búsqueda que, en cuanto a los historiadores respecta, no nos haga perder nuestra identidad disciplinaria. En este sentido, en algunas ocasiones hemos conversado con Iván Molina acerca de este hecho y, sobre todo, de la necesidad que el campo en que él y yo trabajamos con distintos enfoques y denominaciones, rebase el nivel de la descripción y el de la buena redacción. Advertencia que nos hace Nevins y otros historiadores. Precaución que en este libro se recoge. Iván Molina y Steven Palmer, describen, pero no se quedan allí. Ellos vuelan por encima de la descripción y tomando como pretexto a dos personajes olvidados -uno ligado a hombres y mujeres influyentes y el otro, ¿será acaso a sectores medios y al vulgo?- se encargan de plantearnos problemas que van más allá de la historia del personaje.

El trabajo de los profesores Palmer y Molina forma parte de una rica tradición dentro de la historia, la cual se debilitó por algún tiempo y hoy pareciera, cual Ave Fénix, vuelve a resurgir en medio de nuestra disciplina: el recuento biográfico. A nivel internacional, obras como la de Carlo Ginzburg y su estudio sobre el molinero del Friuli o los trabajos del hoy señor Geovanni Levi y, sobre todo, los apor-

tes de la micro historia italiana, vuelven a abrir paso en ese sentido. En dichos trabajos se indica claramente que la historia del individuo se enmarca y se comprende solamente en la medida que la insertamos dentro de estructuras mucho más amplias. A nivel nacional esto se plantea en la obra que hoy nos proponen los autores. Siento que faltan niveles intermedios que cubrir entre lo micro y lo macro, pero "La Voluntad Radiante" es un buen e importante intento en ligar individuo y sociedad.

Por eso soy de la opinión de que tanto Iván Molina, como Steven Palmer, más que presentarnos a dos personajes: un tipógrafo catalán (don Avelino Alsina i Lloveras) y a un curandero charlatán (Carlos Carballo Romero), en realidad lo que hacen es retratarnos la historia un tanto institucional y todavía "desde arriba" de dos quehaceres, el de la imprenta y el de la medicina y la farmacopea. Quien revise el libro se dará cuenta que la obra tiene una estructura y que aunque se divide en dos partes, cada una de ellas dedicada a uno de los personajes, hay una secuencia en el método de exposición de resultados. Eso es digno de destacarlo. Por eso sostengo que los autores tomaron como pretexto a los señores Alsina y Carbell, para ir en busca de horizontes más lejanos. Y la verdad, hay que reconocerlo, en cuanto a lo que ellos querían hacer, lo hicieron bien.

Quiero profundizar en este último comentario. Detengámonos primero en cómo reconstruyen los personajes de marras. Iván Molina, haciendo uso de dos testimonios, retrata a don Avelino Alsina de la siguiente manera: "tipógrafo obrero, sacerdote de ese santuario de la civilización que se llama el taller, conserva hoy rico las manos encallecidas y manchadas de tinta. Y por eso mismo, cuando sus amigos las estrechan cariñosamente entre las suyas, lo hacen con más efusión que si tocaran las aristocráticas de piel fina y olorosas a incienso de aquellos otros sacerdotes de otros templos que se van quedando sin fieles y sin dioses". Una buena semblanza de un hombre trabajador, todo un sacerdote con cuyos ritos no coincidirían posiblemente algunos de sus empleados, como se dejó ver en una huelga de trabajadores que sacudió al país y que hábilmente manejó don Avelino, en lo que a su imprenta se refiere.

Pero la cita más hermosa se encuentra tres páginas antes de la anterior: “un día (durante una campaña política) llegaron al taller (de don Avelino) dos agentes de distinto bando, con inmensas cuartillas para tirar dos hojas opuestas en número de diez mil. Podrá usted hacerlas hoy, para llevarlas en el tren de las cinco de la tarde? le dijeron aisladamente los comisionados.- Sí señor, a las cinco estarán en la estación. Y, así fue; y fue más grande la sorpresa de los contendientes, al ver en el mismo momento deshechos los argumentos recíprocos, impresos en aquel mismo día por Alsina.” Trabajador no lo dudo, pero sobre todo propietario de una mentalidad fenicia, comerciante y astuto como todo buen catalán. Mi amigo Iván Molina resalta lo primero, pero calla lo segundo, como buen admirador, al igual que yo, de la cultura catalana.

Para no aburrirles con las citas quisiera mostrar cómo presenta Steven Palmer a un cubano conocido como el profesor Carbell, quien recetaba a sus “pacientes” jarabe de cebolla y píldoras de grafito y gelatina como el Non Plus Ultra a todos los males. En su gabinete había un diploma que se le había otorgado en Venezuela en el año de 1927 y que decía lo siguiente: “Profesor de Teosofía, Hipnotismo, Magnetismo, Astrología, Quiromancia Médica, Espiritismo y Biopsicología ...” Lo curioso de todo es que no llegó a Costa Rica como curandero, sino como mago y espiritista del Coney Island Park, un carnaval ambulante que se estableció en los barrios populares de San José. Coincido con Steven Palmer: Carbell era todo un charlatán, lastimosamente se desconoce a cuántos y cómo los embaucó en sus redes.

Presentados en forma somera los personajes, puerta de entrada de este libro, los autores recrean dos universos diferentes, pero en los cuales un interesado en el período, encuentra en este libro una temática común: cómo se difundieron y construyeron entre la ciudadanía, elementos que unificaran dentro de la diversidad a los costarricenses del período. Y aquí quiero reconocer en su justa dimensión ambos trabajos. Iván Molina madura una idea largamente trabajada en torno a la historia del libro, de la imprenta, del periódico y de la cultura de elite, a la cual se han sumado con buen suceso Patricia Vega y Patricia Fumero. El capítulo

dos de la primera parte es de lo mejor que Molina nos ha regalado a lo largo de muchos años. La descripción es buena y muy propia de su estilo y preocupaciones de una búsqueda que lo acerque de ser historiador a ser literato. Siento, eso sí, que salvo una pincelada faltó que se preguntara y avanzara más en el papel de la imprenta y la cultura impresa en la construcción de ese proceso de unificar la ciudadanía. Me gusta el punto dos de su trabajo.

Steven Palmer también se dedica a escribir sobre un tema que le ha ocupado en trabajos anteriores: la historia de la medicina oficial y popular y aquí se adentra en un campo en el cual él y Juan José Marín han hecho importantes aportes. En las páginas escritas por Steven, un interesado como yo en la cuestión criminal, en el estudio del control y lo cotidiano se encuentra con una historia menos venida “desde arriba” y que se pregunta por problemas de fondo en este período: ¿Cómo se construyó y difundió un discurso en donde, desde la medicina oficial, se controlaran las prácticas de curanderos, empíricos y demás? ¿Cómo se mezclaron en la práctica de curanderos, farmacéutas, médicos y usuarios las prácticas y conocimientos de la medicina oficial y los de la tradicional popular? Quiero decir que las preocupaciones por el tema del control las encuentro en ambos autores, pero matizadas en Iván Molina y explícitas en Steven Palmer, en uno porque el tema del control social no es de sus temas favoritos, y en el otro, porque como estudioso de la construcción de la identidad nacional, sí lo es, aunque no lo plantee abiertamente.

No quisiera terminar sin dejar de rescatar algo que me parece sumamente importante y es la relación que hace Steven Palmer entre la medicina oficial y la medicina popular. De esa fusión se aprovecha, y bien, ese curandero charlatán que fue el profesor Carbell. Hizo uso de los avances tecnológicos y atendió a los que le consultaban. Pero me interesa destacar esta relación, porque es la misma que podríamos hacer entre cultura de elite, cultura oficial y cultura popular. Palmer, con mucho tino, establece la relación entre ellas y deja ver cómo esta relación asumida por la ciudadanía permitió que se fuera aceptando popularmente a los galenos y las innovaciones en materia médica. Entender que dicha

aceptación se dio sobre la base de un proceso de consenso construido desde muchas décadas atrás, es importante, ello nos redimensiona nuestra interpretación de cómo se construyó un país, un estado y una nación.

Igual observa Molina cuando plantea, cómo se difundió entre los lectores de periódicos, obras que a la burguesía le interesaba difundir entre los costarricenses. Aquí, la relación entre cultura de elite, cultura oficial y lo que vendría a ser la cultura de masas, ubicándose en la época, cobra vigencia, sin menospreciar el aporte que a esa divulgación y aceptación de las ideas, aportaron los elementos culturales provenientes de las culturas populares. Solamente que pienso que nuevamente es aquí el concepto de apropiación cultural y no el de origen cultural el que adquiere importancia, porque es aquél el que termina indicando qué se acepta y cómo se acepta la influencia recibida.

Un último comentario quisiera referirlo a los personajes escogidos. Muy bien escogidos y felicitaciones por ello. El campo de la historia que nos ocupa a Iván, a Steven y a quien escribe esta reseña, ha sido tildado muchas veces como el campo del estudio de lo anecdótico, de lo raro. Hay quien en Europa lo ha tildado como el de la historia de la gota de sangre. Con este trabajo se comienza, no se termina, ni se logra del todo, la tarea de quitar ese estigma. Pero el tomar como pretexto el estudio de un hombre normal como Avelino Alsina, hace que quienes trabajamos en este campo de la historia, veamos como lo hizo Iván y con mucha calidad, en los normales a un sujeto histórico aun por descubrir y que cuando nos lancemos en busca del personaje anecdótico, lo hagamos con la misma rigurosidad y sin sensacionalismos como lo hizo Steven Palmer. Esto le devuelve a la Historia de la Cultura o de las Mentalidades, la seriedad que ella tiene y se merece.

Pero la escogencia de los personajes me plantea dos problemas a los que no puedo dejar de referirme aunque sea brevemente. Primero, ellos no provienen ni conviven con los mismos actores sociales. Alsina i Lloveres se codea con don Cleto, con José Astúa Aguilar, mientras que el profesor Carbell, posiblemente con sectores medios y trabajadores. Ambos comparten una característica, habían sido ol-

vidados. Iván Molina y Steven Palmer, los sacan del baúl del olvido y los retornan con este libro homenaje, al reino de los vivos. Sabemos quiénes fueron y qué hicieron. Y segundo, no puedo dejar de recordar una frase lapidaria de Pierre Naquel: los hombres olvidan lo que quieren olvidar y recuerdan lo que quieren recordar. Alsina y Carbell, dos hombres que la historia olvidó, uno pudiente, el otro quién sabe; señal de que cuando la historia olvida, pareciera que olvida igual, no importa en qué cuna se nazca. ¿Por qué la historia, los hombres y mujeres que la hacen y construyen olvidan y o recuerdan? Pienso, que porque desapareció la necesidad y la cotidianidad que sustentaba prácticas y recuerdos. Pero mi respuesta sigue siendo global, los amigos autores de este libro han intentado dar respuesta a esta interrogante. La tarea de responderla no es sólo de ellos, es nuestra ¿Por qué los hombres y mujeres recuerdan o llegan a olvidar incluso aquello que han vivido? ¿Por qué se quedó en el olvido la memoria de Carbell? Alguien de quien no todos se quejaban. ¿Por qué la memoria no olvida a un Carlos Gardel? ¿Por qué la memoria no olvida a Maritza? ni a un médico que a más de sesenta y dos años de muerto, dicen que aun opera en viviendas humildes y en salas de hospital. ¿Por qué? ¿Por qué? Tal vez ustedes tengan la respuesta, los datos empíricos que nos ayuden a contextualizar nuestras búsquedas y nuestros intentos de respuesta.